

Parinoush Saniee  
Una voz escondida

Traducción de Carlos Mayor

**Alianza** editorial

Título original: *Pedar-e aan digari*

Primera edición: enero de 2026

Diseño de colección y cubierta: Manigua

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Parinoush Saniee, 2004  
© de la traducción: Carlos Mayor, 2025  
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2026  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 979-13-7009-135-4  
Depósito legal: M-19861-2025  
Impreso en España - Printed in Spain

*A las personas que más quiero:  
Nilufar y Kamiar.*

*Doy las gracias a mi querida amiga  
Ajtär Etemadi.*



En el nombre de Dios



—Oye, Shahab, ¿este eres tú?

—Sí.

—¡Qué jovencito! ¿Y el que te abraza con tanta fuerza quién es?

He mirado bien la foto. ¿Quién era? Sí, en serio, ¿quién era? Me ha dado un vuelco el corazón y se me ha secado la lengua. He mirado a mi alrededor en busca de una vía de escape. La casa estaba llena. La mitad de los invitados ya había llegado. ¿De dónde habría sacado mi madre a toda esta gente? ¿De verdad era tan importante hacerse mayor? No tenía la impresión de haber cambiado tanto. Los chicos hablaban entre sí, riendo, y daban vueltas por la casa. Yo no sabía cómo se comporta un anfitrión. Cuando algunos amigos han entrado y se han acercado, he aprovechado para salir corriendo escaleras arriba. He cerrado la puerta tras de mí y me he apoyado en ella. Jadeaba, aunque no estaba cansado.

Dentro de mí, una voz familiar ha dicho: «¿Se puede saber qué diablos ha pasado ahora?».

—No lo sé —he contestado, sin querer, en voz alta. Las voces de los chicos me resonaban en los oídos.

No era esa la paz que buscaba. He abierto la puerta de la terraza, he salido despacio y he intentado cerrarla del todo. Un viento gélido me ha acariciado la frente, que estaba ardiendo. He respirado hondo. Al ver la escalerilla prohibida que lleva a la azotea he sentido una punzada en la espalda, el mismo dolor que me entraba siempre que miraba esos peldaños, no sabía por qué. Algo estaba ocurriendo en mi mente turbada. He subido por la escalerilla. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez? ¿Un día, cien años? Los recuerdos se mezclaban, confusos, y volvían a mi mente a una velocidad estremecedora. Cuando me he sentado en la pequeña tarima del centro de la azotea, he vuelto a ser aquel niño de cinco años, tonto y atemorizado.

El día que descubrí que era tonto me volví especialmente sensible a esa palabra. Cuando me llamaban «tonto» me ponía furioso, chillaba, rompía algo o pegaba a alguien, y siempre montaba una buena. Sin embargo, en el momento en que acepté la realidad, mi estado de ánimo cambió: al oír aquel epíteto ya no me enfadaba; en vez de eso —como si algo me obstruyera la garganta, como si alguien me aferrara el corazón, como si el sol dejara de brillar y el mundo se quedara en blanco y negro—, buscaba de inmediato un rincón en el que esconderme, con las rodillas pegadas al pecho y la cabeza baja, deseando hacerme aún más pequeño para que nadie me viera. Jugar no me interesaba, no recordaba siquiera lo que era sonreír. No había nada que me hiciera feliz. Aquella sensación me duraba mucho, a veces hasta dos días. ¿Sabéis lo que son dos días para un crío de cuatro años? Quizá lo mismo que uno o dos meses para un adulto.

Cuando reaccionaba con violencia salía mejor parado, por mucho que me castigaran, me riñeran, me pegaran y me pusiera



a llorar. Al menos todo pasaba deprisa. No se alargaba más de dos horas.

\* \* \*

Al principio me imaginaba que ser tonto era algo bonito, y hasta me gustaba que me lo llamaran, porque lo decían con alegría.

Mi primo Josrow fue el primero en descubrir que era tonto y el primero en endilgarme esa coletilla. Cuando me veía, decía: «Pero ¡qué maravilla, mira que eres tonto! Ven aquí, anda, ven. Ponte a hacer el pino, que te doy un caramelo. ¡Muy bien, así se hace!»

Lo obedecía siempre. Y él reía satisfecho y me premiaba, azuzándome. Por ser tonto, además, le caía muy bien a su hermana, Fereshteh. Me llamaba «mi tontuelo» y me abrazaba. ¡Cómo me gustaba su perfume...! Ella también se entretenía con todo lo que hacía yo: se reía y me compraba chocolate y helados, que me volvían loco, aunque lo que más ilusión me hacía era verla contenta. Cuando me llamaban «tonto» se reían, y yo creía que era una palabra bonita. No sabía que la gente pudiera reírse por otro motivo que no fuera estar contento. En fin, ¿qué iba a hacer, si era tonto?

Antes de descubrir la amarga verdad, los días eran más plácidos. El cielo, más limpio. Podía pasarme horas dando vueltas por el pequeño jardín de casa y dedicarme a observar la tierra, las hojas y las lombrices que asomaban después de la lluvia, y descubrir algo nuevo a cada instante. El arbolito del jardín era un amigo atento que siempre florecía cuando volvíamos del viaje de Fin de Año. Sabía que florecía de felicidad, porque aquello pasaba una sola vez y justo a nuestro regreso. Al cabo de unos días, se le caían las flores y cambiaba de aspecto para lue-

go regalarnos exquisitas cerezas rojas. Todos creían que era natural que salieran frutos, pero yo sabía que lo hacía para darme la bienvenida a mí, que lo quería más que los demás.

A veces me ponía a jugar con los haces de luz que se filtraban por la cortina. Me quedaba embelesado con las motas de polvo que se arremolinaban en ellos.

De noche, las estrellas tenían un resplandor extraño, pero la luna... La luna era otra cosa. No estaba sujeta a ninguna regla, a ningún mandamiento. Se comportaba como los niños caprichosos. Su tarea era iluminar el cielo nocturno, pero si no le apetecía ni siquiera se dejaba ver. Al contrario, despuntaba furtivamente en mitad del cielo cuando menos lo esperabas. A veces, por la mañana, la veía al lado del sol. Empalidecía para que nadie la descubriera. Reía con picardía. Algunos días asomaba la cabeza para espiarnos, pero cuando se portaba bien nadie se le resistía. Con su vestido bien puesto, la cara lavada, el pelo arreglado, refinada y resplandeciente, se presentaba al anochecer y sorprendía a todo el mundo. Le dedicaban elogios, olvidando sus diabluras. Fuera como fuera, resultaba una compañera de juegos sin igual. Estaba siempre dispuesta a perseguirme, a dar vueltas al *hoz*, el estanque del centro del patio, y a detenerse en el preciso instante en el que me detenía yo, sin equivocarse ni una sola vez, sin adelantarme ni un centímetro. Por eso me daba la impresión de que nos unía un hilo invisible, de que era amiga mía porque me seguía solo a mí. Me tumbaba en el *tajt*, el banco del jardín, y la observaba. La gente iba y venía, pero ella no seguía a nadie, se quedaba conmigo. De hecho, era yo mismo. Nadie podía obligarla a hacer nada. Yo era la luna y Arash, el sol, que iba y venía puntual y nunca hacía nada mal.

En aquellos días en los que aún no sabía que era tonto, estaba en paz con el mundo. Desde entonces, nunca he vuelto a alcanzar un nivel parecido de serenidad.

El día en que comprendí que, en realidad, ser tonto no era nada bueno fue un día terrible. Sucedió de camino a casa de mi tío, que quedaba a pocas manzanas de la nuestra. Josrow jugaba en la calle con sus amigos. No era como nuestro Arash, que siempre estaba leyendo. Era un granuja.

—¡Aprende de Arash! —le decía mi tío—. Tiene un año menos que tú y vais a la misma clase. Siempre es el primero. Tú, en cambio, suspendes todos los años. ¿Sabes cómo acabará la cosa? Él será médico, y tú, taxista. ¡Recuerda estas palabras!

Fataneh Janum, la madre de Josrow, mortificada por los comentarios desagradables de su marido, replicaba:

—¡Os equivocáis! Mi niño les da mil vueltas a todos los demás.

Y yo me quedaba mirando a mi primo para ver si se ponía a dar vueltas a alguien, pero eso nunca pasaba.

—Además, ¿cómo que tiene un año menos? —añadía mi tía—. Son ellos los que mandaron al niño al colegio antes de tiempo, el mío está en el curso que le toca. Si dices que van a la misma clase sin explicar que Arash va un año adelantado, la gente te creerá que mi hijo ha repetido.

—¡Ya verás, amor mío, cómo acabará repitiendo!

—¡Qué desgracia! Con un padre como tú, no sería raro que nos saliera un don nadie. ¡Mientras ellos llevan a su hijo en palmitas, tú no dejas ni respirar a este angelito mío!

Fataneh Janum era así. Cuando no estaba mi madre, decía:

—Ese adefesio se cree alguien porque ha ido a la universidad. Hoy en día, todo el que no vale para nada va a la universidad. Para mí, se da demasiados aires. ¡La próxima vez que la vea le daré una buena lección! Menos mal que este otro es un alelado que te mira como si fuera sordomudo. ¡Si no, no habría forma de que dejara de presumir de sus hijitos! Decía esas cosas delante de mí porque, en fin, ya se sabía que yo era tonto: daba por hecho que, como no soltaba ni una palabra, sería incapaz

de contarle a mi madre lo que decía de ella. Luego, cuando la veía, Fataneh se olvidaba de todo, incluidas las lecciones que pretendía darle.

—Tú has estudiado. Tú sí que lo has entendido todo de la vida, no como yo —aseguraba, muy ceremoniosa.

—Uy, pero ¿qué dices? —replicaba mi madre, sin añadir nada más por el bochorno.

Me daba rabia que Fataneh Janum olvidara con tanta rapidez todo lo que había dicho. Si hubiera podido decir algo, ya me habría encargado yo de recordarle cuatro cosas.

En cualquier caso, aquel fatídico día, nada más verme, Josrow me llamó:

—¡Eh, Shahab *el Tonto*, ven, ven aquí!

Me apresuré a acercarme y me detuve a su lado. Se arrodilló y, apoyando las manos en mis hombros, dijo:

—Muy bien, ahora quiero que demuestres a mis amigos que eres un tonto de primera. Luego te compro un helado enorme, ¿de acuerdo? Pon la cabeza en el suelo en ese rincón y haz el pino.

El suelo estaba sucio, polvoriento. No me gustaba el polvo. Miré a mi alrededor para buscar otro sitio o algún objeto más limpio donde apoyar la cabeza.

—¿A qué esperas? Siempre has sido un tonto de primera, date prisa. Pon la cabeza en el suelo. Hazlo por mí... —me apremió Josrow.

Tenía que hacerlo por él. Feliz, apoyé la cabeza en el suelo y los pies en la pared. Se pusieron todos muy contentos y se rieron.

—Ahora, rueda por el suelo hasta quedarte todo blanco —ordenó a continuación.

El suelo estaba realmente sucio, y siempre que volvía lleno de polvo, mi madre me abroncaba.

—¡Venga, adelante! Chicos, dadle palmas.

Todos lo obedecieron. No me quedaba elección. Tenían muchas ganas de que lo hiciera, así que me tumbé en el suelo. Los chicos daban palmas y, entre risas, gritaban:

—¡Vamos, tonto, vamos, rueda, rueda!

Cuantas más vueltas daba, más felices reían. Sabía que mi madre me montaría una buena, pero me daba igual, porque valía la pena ver la alegría de Josrow y sus amigos.

—Entonces, ¿hace todo lo que le dices? —preguntó Faraj, el gordinflón.

—¡Pues claro, es mi tonto de primera! Faraj miró a su alrededor y dijo:

—Pues ordénale que beba de la acequia.

—¿Qué dices? Seguro que de ahí no bebe. Será tonto, pero esa agua no se la bebe —replicó Farhad.

—Josrow dice que hace todo lo que le manda...

—¡Pues claro! Si se lo digo, lo hace —contestó mi primo, alardeando.

—Y yo me juego lo que quieras a que no bebe agua de la acequia. ¿Qué me dices, Josrow? ¿Apostamos?

—¿Qué quieres apostar?

—Este puñal de nácar. Y, si no se la bebe, tú me das tu bici.

—¿Que te doy qué? Pero ¡qué puñal ni qué bici! Aquí el idiota es él, no yo.

—Bueno, pues entonces me la prestas una semana. ¿De acuerdo?

—¡No! Un día.

—Muy bien, trato hecho.

Josrow se acercó a mí y me pasó el brazo por los hombros.

—Shahab Jun, ahora quiero que demuestres lo obediente que eres —me dijo—. Ven... Bebe un poco de agua del *jub*. Luego nos vamos a comer un buen bocadillo y después un helado. ¿De acuerdo?

No, no quería... El agua de la acequia estaba negra y llena de gusanos, y olía mal. Le di la espalda.

—Shahab Jun, no me avergüences delante de mis amigos. ¿Es que no me quieres?

—No, ese no bebe. Ya te he dicho que, por muy tonto que sea, sabe que no le conviene.

—Claro que va a beber. Le he dicho que beba y lo hará. Ven, hombre, no te portes como un mocoso malcriado. Solo un sorbito...

Me daban miedo los gusanos que había en el agua. Me zafé de él para salir corriendo hacia casa, pero no logré dar ni dos pasos antes de que me agarrara del cuello de la camisa.

—Eh, ¿qué haces? ¿Adónde te crees que vas? No puedes marcharte hasta que no te bebas esa agua.

Me puse a llorar, me entraron ganas de vomitar. Empujándome por la nuca, mi primo me acercó la cabeza a la acequia.

—Venga, chicos, animadlo, dad palmas. ¡Ya veréis como acaba bebiendo!

Pero en esa ocasión ninguno de ellos lo obedeció, como si se hubieran dado cuenta del asco que sentía. Josrow trató de meterme la cabeza en el agua. Se me mojó la punta de la nariz con aquel cienoapestoso. Creí que me iba a ahogar. Y, de repente, un milagro. Su mano me soltó y pude levantar la cabeza. Oí la voz de Arash, que gritaba:

—¡Suéltalo, idiota!

Caí de lado. No había bebido nada, pero me había ensuciado la cara. Me entraron arcadas y vomité allí mismo.

—Idiota, más que idiota, ¿no ves que es pequeño? Si hubiera bebido de esa agua habría muerto. ¿Es que te has vuelto loco?

—No, el que está loco es tu hermano. Es tan estúpido que hace lo que sea a cambio de un helado. Era él quien estaba dispuesto a beber agua de la acequia por un bocadillo. No es verdad, ¿chicos?

—Es verdad. Tu hermano está loco. No deberíais dejarlo salir solo a la calle —contestó Faraj.

—Cierra el pico. Tú sí que estás loco.

—No, los locos sois vosotros. Si no estuvieras chalado, no estudiarías tanto.

Furioso, Arash me cogió de la mano y me llevó a casa.

Estaba dando de comer a Shadi cuando oí que se abría la puerta. No presté mucha atención hasta que Shahab, completamente embadurnado de barro y lleno de polvo, se me puso delante. Iba cogido de la mano de Arash.

—¡Que Dios me fulmine! Pero ¡¿cómo te has puesto así?! —grité de repente—. Todos los días tengo que decirte que no te ensucies la ropa.

Arash me contó lo que había pasado en la calle con la voz entrecortada por la rabia. Con cada palabra, notaba que se me subía un poco más la sangre a la cabeza. Empecé a temblar. Cogí a Shadi en brazos y a Shahab de la mano y, sin preocuparme de cómo iba vestida, salí hacia casa de Husein y Fataneh. Una vez delante de la puerta, le solté la mano al niño y llamé al timbre con todas mis fuerzas. No quité el dedo hasta que respondieron. En cuanto oí que abrían, volví a coger a Shahab. Crucé el patio, abrí la puerta de entrada y me encontré cara a cara con Fataneh, que había acudido muy inquieta. Husein Aga, Shahin, Fereshteh y Josrow estaban sentados delante del televisor; la bandeja del té, encima de la mesa. Como



siempre, Fereshteh acudió corriendo a mi encuentro para quitarme a Shadi de los brazos. No le presté la más mínima atención, porque mis ojos no veían más que a Josrow. El corazón me latía cada vez más deprisa, como nunca antes de aquel día.

—¡¿Qué le has hecho a mi niño? —chillé—. Tan grande y corpulento como eres, ¿y tienes que tomarla con él? ¿No se te ha ocurrido que se habría puesto enfermo si hubiera bebido el agua de la acequia? ¿Por qué lo provocas?

—Pero ¿qué tengo que ver yo, tía Mariam? —contestó Josrow como un corderito—. Ese es capaz de lo que sea por un helado o un trozo de chocolate. Como es tonto, en la calle los niños le toman el pelo, y yo procuro que nadie le pegue.

—¿Qué has dicho? ¿Tonto? ¿No te da vergüenza llamar así a mi hijo? No es tonto, ni muchísimo menos.

—No te pongas así, Mariam Janum —intervino Husein Aga con tranquilidad—. ¿Por qué te alteras? Es bien sabido que hay niños menos inteligentes que otros: algunos son como Arash, muy espabilados y muy hábiles, y otros son como él, menos inteligentes.

—Eso es falso. No es menos inteligente, para nada. Por mucho que lo penséis.

—Dios mío, ¿por qué no quieres aceptar la realidad? —preguntó Fataneh con desdén—. Un crío que a esa edad aún no habla tiene que ser retrasado, es de cajón.

—No. No hablar no tiene nada que ver con ser retrasado. El médico nos ha dicho que hay algunos niños que empiezan a hablar más tarde, y no porque sean poco inteligentes.

—Pero ¿qué dices? Hasta ahora nadie ha visto a ningún niño inteligente de cuatro años que no supiera hablar. Gracias a Dios, mi Josrow habla desde que empezó a gatear.

—¡Esa sí que es buena! —repliqué, furibunda—. Puede que hable desde que estaba dentro de tu barriga, pero intelligen-

te, desde luego, no es. No hay ninguna relación entre la inteligencia y el hecho de hablar antes o después.

Fataneh frunció los labios y soltó:

—¡Pero bueno! Husein Aga, ¿tú has oído lo que está diciendo de mi niño por culpa de ese hijo tonto que le ha tocado en suerte?

Husein Aga se levantó y se acercó a mí. Tratando de mantener la calma, me dijo:

—Contrólate, cuñada mía. Antes de enfadarte, piensa detenidamente en el estado de este niño.

—A este niño no le pasa nada. Sois vosotros los que tenéis que pensar detenidamente en vuestro hijo —contesté, alzando la voz con cada palabra.

—¿Por qué dices esas cosas, Mariam Janum? —terció Shahin—. Mi hermano no ha dicho nada malo. Lo dice por vosotros: es mejor que llevéis al niño a un médico. En nuestra familia, todos los críos son inteligentes. No hay ningún precedente parecido.

—También en la nuestra son todos inteligentes. No os preocupéis, que no tiene ningún problema. —Arranqué a Shadi de los brazos de Fereshteh y le dije a Shahab, que me miraba perplejo—: A partir de ahora, si alguien te llama «tonto», le das una bofetada. ¿Entendido?

No podía quedarme allí más tiempo. Saqué a Shahab a rstras sin despedirme y volvimos a casa.

Sabía que a los parientes de mi marido, que siempre me habían visto tranquila y reservada, les había sorprendido mi comportamiento y que, en cuanto corriera la noticia de aquella visita, adornada a placer, estallaría una bomba.

Al llegar a casa, aquella rabia rebelde se transformó en cansancio y profundo desaliento. Era incapaz de abrir la boca, como si hubiera agotado todas las palabras de una sentada. Metí a Shahab en el baño, lo lavé de la cabeza a los pies y le puse

ropa limpia. No me quitaba los ojos de encima. Yo no entendía muy bien qué intentaba decirme con la mirada. Me daba cuenta de que también a él lo había sorprendido mi comportamiento, pero no sabía cómo me juzgaba. A pesar del silencio exterior, dentro de mi cabeza yo seguía discutiendo sin descanso.

Cuando llegó Naser, mi rabia latente despertó de nuevo. Hecha una furia, le conté las ofensas que había recibido nuestro hijo. Como siempre, mi marido me miró sin decir palabra.

—A ver, ¿tú qué crees que debería hacer? —preguntó luego entre dientes—. Puede que tengan razón ellos.

Me quedé mirándolo asombrada unos instantes, y entonces exploté como un petardo:

—¿Quieres decir que tú también crees que este niño es retrasado?

—Si no es retrasado, entonces ¿por qué no habla? ¿Acaso el médico no nos ha dicho que no le pasa nada en el oído y que no tiene problemas físicos? Por fuerza tiene que tratarse de una deficiencia mental.

—No digas cosas como esas sin pensarlas. Mi hijo no es deficiente ni muchísimo menos, que lo sé yo. A mí me habla con los ojos.

—Haz el favor, Mariam. Tú eres su madre y no quieres aceptar la realidad.

Arash continuó el discurso de su padre:

—¡Es verdad, mamá! Si no fuera idiota, no haría todo lo que le dicen.

—Pero si es un crío, aún no entiende qué está bien y qué está mal. Tú, que eres su hermano mayor, deberías cuidar de él.

—¿Y yo qué tengo que ver? A mí me da vergüenza ir con él por la calle. Todo el mundo me dice: «Tu hermano es tonto». No quiero un hermano como él.

—¡Calla! No deberías permitir que la gente dijera esas cosas, y, en lugar de eso, ¿qué haces? ¿Las repites tú también?

—El chico tiene razón, Mariam. Trata de aceptar la realidad.

—No quiero. Dejadme en paz. Mi hijo no es idiota y punto. ¡Dejad ya esa dichosa realidad! —grité, y me puse a llorar desconsoladamente.

Hacía poco que había comprendido qué quería decir ser tonto. Llevaba mucho tiempo siendo blanco de humillaciones sin saberlo. Con amargura, poco a poco sentí que crecía en mí una rabia profunda. Empecé a detestar tanto esa palabra que con solo oírla se me subía la sangre a la cabeza. Se me ponía la cara morada. Algo hervía en mi interior: estallaba sin darme cuenta y, como la mayoría de las veces no podía hacerle nada a quien me insultaba, me daba por romper cosas, partirlas por la mitad, hacerlas añicos. No dependía de mí. No tenía más remedio que desfogarme de una forma u otra, sacar ese sentimiento nocivo; si no, habría acabado conmigo.

Cuando mi madre, indignada y resentida, se lo contó todo al padre de Arash, escuché sus palabras atentamente, escondido en un rincón, mientras dentro de mí crecía un odio violento. Esperaba con ansia su reacción: quería que fuera a casa de mi tío a vengarme, que abanderase mi defensa aún más que mi madre y que aplastara a la familia de su hermano. Pero allí se quedó, impasible, dándoles la razón.